TARJETA DE ANTONIO MACHADO

Dentro del modernismo, pero conservándose inmune a los hechizos retóricos de esa escuela (una aventura muy difícil, sólo comparable a navegar entre sirenas sin protegerse los oídos), Machado es la economía: rigor melódico, concisión emotiva, horror al énfasis. Ha experimentado en cabeza ajena. Sabe adónde conducen el desenfreno exotista y la gula sinfónica. Siendo un modernista (en su caso concreto un moderno, en la medida en que revitaliza la herencia), posee al mismo tiempo la firmeza estratégica para mantener el rumbo. Lo salvó la tradición y el afincamiento. Lo salvó su españolidad. Lleva muy adentro a Berceo, a Manrique y a Quevedo. Y ha oído mucha copla. Ha visto mordido, y padecido mucho pueblo.

Por eso Machado no quiere sorpresas. No para él ni para su interlocutor. Quiere el sosiego conversacional, quiere el intercambio de los símbolos intimistas, quiere la respiración y la pausa de la verdadera compañía. No hablará nunca de un río, una comarca o un objeto indeterminados. Hablará de Soria, de Sevilla, del Tajo, del Duero, de este olmo seco. Su tono y su figura humana son apacibles. Parece un transeúnte cualquiera (idéntico al buen señor que camina por la alameda o hace tertulia en una peluquería, tiene apetencias por determinados periódicos y revistas y mantiene, con toda seguridad, algún frasquito de pastillas en su mesa de noche) y así es su palabra. La palabra de todos los días. Ni más ni menos. Esa carga de cotidianidad es su arma, su secreto mayor. Con ella hará que la gran poesía alcance en nuestro idioma su victoria coloquial.

Por eso, para cada uno de sus lectores, Machado tiene algo de pariente. Cuando lo vemos acercarse, nos quedamos tranquilos. Ya es conocido, ya es amado. Le conocemos sus manías. Entonces se detiene frente a nosotros (a lo mejor ya ha tenido tiempo de recomponer un cuadro demasiado inclinado en la pared de la sala

y ha dado señales de estar contento con el tufillo del guiso o del asado que le llega de la cocina y ya ha elegido, otra vez, el mueble en que ha de sentarse más a gusto) y nos da noticias de la calle, del color de los arbustos, del verano, de la tos de un compadre.

Machado es municipal, casero, inmediato. Ese es su misterio. Pocas veces se ha dado en un gran expresador tal voluntad de alinderamiento. Todo lo que mira o toca es ya nuestro, porque es neto y abarcable. Un camino, un altozano, una pareja de amantes o una yunta de bueyes por ese camino, las hojas que pisa, el rumor de la brisa en sus oídos. Está atento. Sabe que vive, que transcurre, que ha de morir. Lo sabe a fondo, lo sabe hasta el puro terror. Su compostura, su carencia de gesticulación, es por eso aleccionadora. Porque también sabe que eso que él siente lo siente cada hombre en particular. Por eso no apela al sobresalto. Por eso no se precipita. Con lenta pasión nos cuenta su vida, que de alguna manera es la vida de todos los hombres. Por eso es de esos pocos, poquísimos escritores, que con sólo ponernos la mano sobre el hombro y llamarnos de tú nos deja consolados. A veces nos regaña. Su preocupación nacional (por su España comida, deglutida, porfiada y dolorosa y hasta rencorosamente exprimida) fueron formas de mirar la tierra, de acercar la tierra. De hacérnosla conocer y penetrar y discutir y padecer a un nivel carnal y mensurable.

De Antonio Machado me gusta, pues, su leve adiposidad de hombre.

Su forma de entornar los ojos, como si siempre estuviera concentrado en la parte más húmeda y fina de una lejanía.

Su manera de andar. Sus pantalones arrugados.

Los retratos en que nos mira como un padre, a la vez severo y risueño, satisfecho, sin embargo, como si nos viera regresar de un viaje.

Ese rumor de aljibe que hay en sus palabras. El idioma es allí un agua que canta.

El garfio de su duda.

Los árboles que se menean en sus poemas. Sus muros blancos y penitentes. Su azul.

El color de abeja de sus mediodías. Su delicada pesadumbre.

La energía de su recuerdo. La angustia de su fidelidad. Su firme corazón, donde se hospedaron la paciencia fecunda y el austero regocijo, el sufrimiento que modela y el honor que hace posible la viril mansedumbre.

Su silencio. Cuando calla, se encuentra con la música y nos ilumina.

Sus grandes versos. En algunos de ellos hemos sabido cómo huele Dios.

Sus malos versos. Nos justifican su sencillez.

Su prosa sin aliños. Desnuda y eminente como una roca.

El diamante clavado en su noche. La palabra gastada y sucia de mugre por el uso, pero que, súbita en su lengua, tiene el temblor y la frescura de una paloma.

Y su andar. Su andar en el polvo, entre las hojas, buscando sus lámparas —siempre sus lámparas— entre las encinas, los chopos y los olmos de nuestro propio corazón.

HECTOR ROJAS HERAZO

Kra. 3B 23-49
BOGOTA (Colombia)